

José Luis Cabezas II: una trama impúdica

Tras el crimen de José Luis, la Argentina era una coctelera de trascendidos, mentiras y pistas inconclusas. Desde el poder político y desde las estructuras policiales y yabranistas se lanzaron todo tipo de versiones disparatadas que pretendían retrasar la investigación. Durante semanas se puso la mira en una mujer llamada Margarita Di Tullio, conocida como «Pepita la Pistolera», que regenteaba un prostíbulo en Mar del Plata. El periodista Miguel Bonasso escribió un libro, *Don Alfredo*, en el que sostenía que había sido la CIA la asesina de Cabezas para inculparlo a Yabrán y quedarse con sus negocios. Se llegó a decir que Cabezas había caído en medio de una interna de policías corruptos de la costa bonaerense y hasta que había intentado extorsionar a alguien que lo mandó matar. Desde el Gobierno nacional se dejaba trascender como cierta la culpabilidad de los «Pepitos».

Una primera autopsia realizada por el Servicio de Investigaciones Técnicas de la Policía bonaerense (SEIT) aseguraba que el cuerpo de Cabezas tenía un solo disparo. Recién cuatro meses después, los peritos de la Suprema Corte de la provincia de Buenos Aires descubrieron que, en realidad, había dos orificios de entrada. Un mitómano llamado Carlos Redruello llevaba la investigación hacia un lado y hacia el otro, y recibía dinero por la gestión.

Estar una vez «del otro lado del mostrador» y ver con qué facilidad los periodistas, aun con la mejor voluntad, cometemos errores más y menos groseros, nos obligaba a pensar en la importancia profesional del chequeo de la información. En la necesidad de permitirnos dudar, y con ello incitar al lector a que haga lo mismo cuando no se sabe con exactitud lo que pasa. Por ingenuidad, desidia o conveniencia, muchos caen en la tentación de aceptar por cierta la voz del poder de turno.

Aquel crimen nos cambió la vida para siempre, la profesional y la personal. Nos hizo ver, por ejemplo, que el *off the record*, esa ley autoimpuesta por el periodista para proteger sus fuentes y no revelárselas al lector, podía tener excepciones.

En la tarde del 16 de junio de 1999, una llamada interrumpió el trabajo del director de la revista, Héctor D'Amico. Hacía dos años y medio que habían matado a Cabezas y la verdadera arma asesina seguía sin aparecer. Era el gobernador Eduardo Duhalde y quería verlo. Urgente.

Una hora después, D'Amico estaba en las oficinas porteñas del comité de la campaña presidencial del entonces gobernador. Héctor todavía recuerda el halo de misterio que invadía esa habitación y a un Duhalde que parecía agotado y le confesaba que si perdía las elecciones presidenciales, ganaba «una vida». Ésta es la reconstrucción de aquella charla a solas:

Duhalde: Tengo una información muy delicada. Y muy difícil de contar a la gente sin que alguien piense que quiero utilizarla políticamente...

D'Amico: Lo escucho.

Duhalde: Un informante se acercó a nosotros y nos dijo que

Prellezo (el policía acusado por el crimen de Cabezas) le pidió que desenterrara un revólver del fondo de una propiedad que él tiene. Este informante no le hizo caso y vino a vernos. El hombre nos pide 300 mil dólares, una barbaridad. A lo sumo 100 mil... estamos negociando.

D'Amico: ¿Y usted le cree?

Duhalde: Le tengo que creer, es una persona muy allegada a

Prellezo. Un abogado es.

D'Amico: ¿El abogado de Prellezo?

Duhalde: Algo así. El arma está enterrada, ¿usted sabe dónde se pueden conseguir esos detectores de metales? Imagínese que hay que moverse con mucho cuidado, no tienen que quedar dudas.

D'Amico (Sorprendido): Más que a mí, un aparato así debería pedírselo a su amigo Hugo Anzorreguy. Pero dígame...

Duhalde: En realidad quería consultarle si usted podría ser testigo cuando eso se desentierre. No sé si habría que llevar

cámaras de tevé...

D'Amico: Mire, después de lo que pasó con los «Pepitos», con Redruello y con las autopsias, deberían estar ahí los diez periodistas más creíbles de la Argentina. Eso sí, más vale que el revólver sea el revólver... ¿De qué tiempos habla usted?

Duhalde: La semana que viene, digamos. Nosotros ya le estamos avisando al juez. Yo lo llamo por cualquier novedad... Una semana después habían pasado, o dejado de pasar, dos cosas: Duhalde no llamó a *Noticias* y, lo que era más preocupante, tampoco había avisado a la Justicia lo que estaba negociando.

Por fin, D'Amico pudo ubicarlo por teléfono. La respuesta del gobernador fue: «¡Ah, no! Eso se complicó. Este hombre no quiere bajarse de lo que pide, pero estamos trabajando. Ya le dije que le iba a avisar».

El 6 de septiembre, de nuevo fue D'Amico quien llamó para pedir información. «Esto parece serio —le dijo Duhalde—, no es sólo lo del revólver. Hay otras cosas, pero no son para hablarlas por teléfono». Arreglaron un encuentro para el día siguiente en la quinta Don Tomás, la residencia privada del gobernador en el barrio de San Vicente. Esa vez, D'Amico nos pidió a Edi Zunino (por entonces jefe de la sección Política) y a mí, como editor general de *Noticias*, que lo acompañáramos. Suponía que iba a necesitar testigos para lo que iba a oír.

El gobernador nos esperaba con un jean gastado y cara de sueño. Pidió café para todos y ordenó que nos dejaran solos. D'Amico: Hace tiempo usted me habló de un revólver enterrado y, como temo que puedo haber entendido algo mal, me gustaría que Edi y Gustavo escuchen la historia.

Duhalde: Sí, el que nos trajo el dato fue abogado de Alfredo

Yabrán. Dice que es la última persona que habló con él antes del suicidio...

D'Amico: Pero... ¿y el arma?

Duhalde: Está enterrada en una propiedad del detenido...

González: ¿De Prellezo?

Duhalde: Sí, la tengo custodiada por la policía, que no sabe qué cosa está custodiando...

D'Amico: ¿Y el juez?

Duhalde: El juez no sabe nada. Pero no es sólo un arma, son tres o más, entre ellas un revólver con la mira pintada de rojo. Pero este hombre me dice, además, que otro detenido, el de mayor confianza de Yabrán... ¿me entienden?

D'Amico: ¿Gregorio Ríos?

Duhalde: Sí, dice que Ríos tenía tres cuentas bancarias en el exterior por donde pasó mucho dinero. Dos en Suiza y otra en los Estados Unidos. En una hubo como 10 millones de dólares. Parece que Ríos era algo más que un custodio... Pero yo, hasta el 24 de octubre estoy atado de pies y manos. ¿Quién me va a creer que esto no es un golpe de efecto político? Ya tuve la mala suerte de que a la cámara fotográfica de Cabezas la encontraran con ayuda de un rabadomante y no con estudiantes, como quería yo.

D'Amico: El tema ése de las cuentas...

Duhalde: Me dicen que vamos a tener datos la semana que viene.

González: ¿Cómo va a conseguir esos datos sin orden judicial?

Duhalde: Por canales informales se pueden conseguir esos datos, sobre todo los de los Estados Unidos. Con Suiza es más complicado.

D'Amico: ¿Tiene miedo?

Duhalde: Por mí no, por mi familia...

D'Amico: ¿Usted los está investigando a ellos, los Yabrán?

Duhalde: No, yo no tengo aparato de Inteligencia. Pero la SIDE me informa. En este tema le tengo mucha confianza a Hugo Anzorreguy. Incluso estoy pensando en mudarme a la Capital.

Zunino: ¿No tiene lista la nueva casa de Lomas de Zamora?

Duhalde: Uno está muy expuesto fuera del centro.

D'Amico: Usted me había dicho que su informante pedía mucho dinero, ¿cobró?

Duhalde: Ya le dimos 50 mil dólares. Y si aparece lo de las cuentas bancarias le daremos 100 mil más.

D'Amico: Hay un problema, gobernador...

Duhalde: ¿Cuál?

D'Amico: Que usted dice que no puede hacer nada hasta el 24 de octubre, está atando todo a sus tiempos electorales. Pero nosotros ahora lo sabemos.

Duhalde: ¿Y qué quieren que haga? ¿Quién me va a creer? Yo con esto no quiero hacer campaña. El 25 de octubre, gane quien gane, va a haber más gente con ganas de hablar. Porque Yabrán tenía muchas relaciones por el lado de la Alianza. De los radicales digo, no del Frepaso.

D'Amico: ¿Su fuente querrá contar esto en público?

Duhalde: Yo creo que por plata este hombre habla hasta por cadena nacional.

D'Amico: ¿Y por qué no aparece él, entonces? Que vaya a Dolores y declare todo lo que sabe...

Duhalde: No, hay que esperar. Además, va a estar un mes en Cuba, tiene negocios allá. Incluso, creo que se va a ir a vivir a la isla apenas se sepa todo... Hay que ser cuidadosos, porque aparte hay mucha plata del otro lado.

En cierto momento de la charla, Duhalde cortó por la mitad una frase para decir que aún no era tiempo de ir a la Justicia. Se quedó callado por un segundo y agregó: «La otra que nos queda es ir nosotros mismos al lugar...» Uno de los tres le preguntó «¿para qué?» Entonces el gobernador hizo un gesto con sus manos, como tomando una pala y empezando a cavar sobre un suelo imaginario. «Qué sé yo —completó—, es una idea.»

Nos quedamos mudos por unos instantes. Duhalde nos habrá visto las caras de estupor porque encaminó la conversación hacia otro tema no menos sorprendente.

Lo que sigue tiene que ser leído como parte de la campaña presidencial en la que Duhalde y Fernando de la Rúa peleaban voto a voto en las encuestas previas. ¿Sería mentira lo que estábamos por escuchar? ¿Sería una farsa lo que acabábamos de oír? ¿Mezclaba verdades y mentiras según su propia conveniencia política? Lo cierto es que uno de los políticos más importantes del país, futuro presidente de la Nación, nos continuaba asombrando.

Duhalde: Este informante conoce todas las conexiones de esta mafia. Me aseguró que en su estudio, en su propia computadora, se armaron las preguntas que le hizo el radical Enrique Mathov a Yabrán en el Congreso, cuando lo citó la comisión antimafia.

D'Amico: Ahí preguntaron todos, Miguel Ángel Toma también.

Duhalde: Yo les digo lo que me dice este señor. Me dijo, además, que un militar muy vinculado a De la Rúa, pariente de él (se refería a su cuñado, el contraalmirante Basilio Pertiné), le quiso comprar estas armas que están enterradas.

González: ¿Cómo que comprarlas? ¿Para qué? ¿Cómo se enteró?

Duhalde: No sé, se ve que este hombre las anduvo ofreciendo por todos lados. Pero el tema es que hay mucha plata del otro lado. Llegué a pensar en informar de todo esto a la Justicia, desenterrar las armas, poner otras en ese lugar y ofrecérselas a ese militar. Después, detenerlo y preguntarle para qué carajo las quiere.

Zunino: Parece una película. Pero, siguiendo con el revólver, ¿por qué lo va a dejar ahí enterrado?

Duhalde: Miren, yo descuento que ustedes quieren saber la verdad porque eran compañeros de Cabezas y no por razones... editoriales, digamos. Acá, encontrar el arma es lo más sencillo. Sólo se trata de ir a buscarla. Pero quiero que las cosas se hagan bien, para ayudar y no para complicar todo.

Zunino: Lo mejor es volcar todo en la causa.

Duhalde: Bueno, pero hay que esperar. Ahora, si me disculpan, tengo que irme a un acto.

D'Amico: ¿Cuándo va a tener novedades?

Duhalde: La semana que viene ya tendría datos de la cuenta de Ríos en los Estados Unidos. En cuanto sepa algo, los llamo. Eran poco más de las 11 de ese 7 de septiembre de 1999.

Durante las semanas siguientes, Duhalde no llamó. Fuimos nosotros los que requeríamos novedades periódicas a sus colaboradores, quienes nos repetían: «Dice el gobernador que cuando tenga informaciones se comunica».

Le contamos lo que nos había dicho a Cristina Robledo, la viuda de José Luis, y a sus padres. Y empezamos a evaluar la posibilidad de romper el *off the record* y llevar lo que decía Duhalde a la Justicia.

Octubre aceleró todo. La fiscal del caso, Analía Ávalos, elevó a la Cámara de Dolores su acusación contra los diez detenidos por el crimen. La Cámara, por su parte, abrió la etapa de presentación de pruebas, cuyo plazo vencía el 14 de ese mes.

Junto a nuestros abogados y los de la familia Cabezas tomamos la decisión de contar lo que sabíamos a la Justicia antes de que venciera ese plazo. Lo hicimos el miércoles 6 de octubre.

Antes, se hizo un intento final para lograr que fuera el candidato presidencial del peronismo quien se presentara ante los Tribunales. Hubo una última comunicación telefónica con él:

Noticias: Nosotros no podemos esperar más, el último día para presentar las pruebas del caso es el jueves de la semana que viene.

Duhalde: Ya les dije, quédense tranquilos que yo me voy a ocupar. Mis abogados están trabajando en el tema. Pero entiendan que la campaña me quita muchas horas por día.

Noticias: ¿Y por qué sus abogados no se contactan con los de la familia Cabezas para llevar todo a Dolores hoy mismo?

Duhalde: Yo me voy a ocupar...

Noticias: ¿De las cuentas de Ríos en el exterior tuvo alguna novedad?

Duhalde: No, ninguna novedad. No tuve tiempo. ¿Hace falta que les cuente que no tuve tiempo para nada? Me estoy yendo ahora mismo a un acto. Ya les dije que me voy a ocupar.

Ese día, comprendimos definitivamente que Eduardo Duhalde

no iba a hacer más de lo que había hecho, y que no estaba dispuesto a ir a la Justicia a contar lo que sabía. Oscar Pellicori, abogado de *Noticias* y de Candela Cabezas, se comunicó con el juez de la causa, José Luis Macchi, para comprobar si el gobernador se había comunicado con él en los últimos días. Después de cortar con el magistrado, nos contó: «Le pregunté concretamente si estaba al tanto del tema del revólver y le anticipé algo, casi se cae de culo.

Nos pidió que esta misma noche vayamos al juzgado a declarar para dejar constancia de todo lo que sabemos».

Primero fuimos a los Tribunales y luego decidimos romper el *off the record* para revelar esa información que nos venía quemando. Pocas horas antes del cierre de esa edición, Edi Zunino llamó a Carlos Ben, el histórico vocero de Duhalde:

Zunino: Vamos a ir con la nota...

Carlos: De qué nota me hablás, Edi.

Zunino: Vamos a contar que el gobernador tiene información sobre dónde está enterrada el arma que mató a José Luis.

Carlos: Ustedes están locos.

Cuando se publicó la historia, los periodistas se le fueron encima a Duhalde y le preguntaron qué más sabía acerca del revólver. El candidato, con absoluta calma, como quien aclara un tema menor, respondió: «La gente de *Noticias* se apresuró. Había una pista y un informante, eso es así, pero al final no se pudo confirmar nada».

El del arma es quizás el gran misterio que sobrevivió al juicio en el que los criminales fueron condenados. Se habló siempre de la existencia de dos armas calibre 32. Una de ellas apareció en la casa de Luis Martínez Maidana, un personaje al que se vinculaba con aquel grupo relacionado con la prostitución en Mar del Plata y comandado por «Pepita la Pistolera». La de los «Pepitos» fue la primera hipótesis que surgió desde la Casa de Gobierno para explicar el asesinato de José Luis vinculado con un supuesto intento de extorsión del fotógrafo. La hipótesis se cayó pronto, pero la historia del arma aparecida en la casa de Martínez Maidana como uno de los revólveres usados en la escena del crimen, llegó increíblemente hasta el último día del juicio oral.

Sin embargo, el revólver que según los mismos «Horneros» usó el policía Prellezo para terminar con la vida de Cabezas, fue

otro: lo recordaban por tener un punto rojo en la mira, como el que mencionó Duhalde en aquella charla reservada en la quinta de San Vicente. Esa arma nunca apareció.

Hasta hoy creemos que se trataba del revólver del que hablaba el gobernador. Pero éste jamás fue llamado a declarar por la Justicia.

* * *

Entre los ciudadanos comunes que se acercaron a aportar información relevante para la investigación, hubo uno que fue central, Ricardo Manselle, uno de los dueños del restaurante Mc Papa's, un local de comidas rápidas ubicado en Martínez.

Manselle apareció en la redacción a fines de mayo de 1997, a cuatro meses del crimen, con un dato fundamental: aseguró que semanas después del asesinato, presencié tres encuentros extraños en su negocio, ubicado justo frente a las oficinas de Gregorio Ríos, uno de los jefes de la custodia de Yabrán. Juró haber visto a Ríos con Gustavo Prellezo (quien terminaría siendo el asesino material de José Luis), luego con el policía Aníbal Luna (otro de los involucrados) y más tarde con el propio Yabrán.

Le pedimos que fuera a declarar a la Fiscalía de Dolores. Tenía miedo, pero lo hizo, bajo identidad reservada.

Semanas más tarde, sus dos socios y una empleada lo desmintieron en parte. Sólo aceptaron haber visto en el lugar, y por separado, a Ríos y a Yabrán. Manselle sospechó enseguida que habían sido comprados.

Meses después, con la ayuda del noticiero de televisión *24 Horas*, Manselle realizó una cámara oculta con quien era el apoderado legal del restaurante. Allí se escuchaba claramente cómo le ofrecían 60.000 dólares para cambiar su declaración judicial. «Vos tenés que decir que fuiste presionado por la Policía y por *Noticias*», le dicen en el video. A cambio, le prometían salir de la «lista negra» de Alfredo Yabrán.

Su declaración fue clave para el juez José Luis Macchi. Porque de esa forma apareció en el expediente la primera referencia a encuentros personales entre los sospechosos, cuya relación hasta entonces sólo constaba en los cruces telefónicos desnudados por el sistema informático Excalibur.

Manselle fue uno de los testigos más perseguidos después de su declaración reservada. Los imputados le iniciaron juicio por falso testimonio y fue castigado a través de los medios por los amigos de Yabrán una vez que se supo su identidad. Por las amenazas que

recibía debió aceptar custodia policial permanente. Uno de sus custodios, el cabo Oscar Villalba, fue asesinado justo el día en que se cumplía un año de su denuncia.

Otros testigos sufrieron persecuciones tras aportar información valiosa:

- Francisco Cáceres, un empleado de la agencia de seguridad Brides, declaró que Roberto Naya —un ex represor, directivo de esa empresa y vinculado laboralmente con Alfredo Yabrán— le había contado que «Cabezas embromó a Yabrán con las fotos y él se las cobra». Luego de testimoniar, fue despedido.

- Beatriz Domeneghini, pareja del custodio yabranista Omar Cabral, se presentó un día en la redacción para entregar un organigrama de la estructura de seguridad que rodeaba al empresario. También dijo que en un estudio de abogados de la calle Uruguay se armaban las declaraciones judiciales de los custodios y se las hacían estudiar de memoria para que no se contradijeran. Cuando se presentó en el juzgado de Dolores —conducida por Cabral— acusó a la revista de haberla presionado, aunque reconoció sus dichos.

- Omar Pareda, casero del comisario de Pinamar Alberto Gómez, narró reuniones de su ex jefe con Gregorio Ríos. También fue amenazado.

Cuando a fines de junio de 1997 el presidente Menem le ordenó a su jefe de Gabinete, Jorge Rodríguez, que recibiera en la Casa Rosada a Yabrán, supimos que el mensaje que se quería transmitir a los investigadores (o que objetivamente se transmitía como señal política) era que ese hombre estaba siendo apoyado desde el Gobierno. Y en la práctica, algo cambió durante varios días. El apellido Yabrán dejó de ser mencionado desde las pesquisas judiciales, apareciendo otros sospechosos, algunos insólitos.

Por eso, fue muy importante que entonces se concluyera con una pista iniciada dos meses atrás.

Todo había empezado cuando el prestigioso criminalista Elías Neuman dictaba una conferencia en la Universidad de Tandil. En un aparte del encuentro, un abogado se le acercó para contarle que una clienta suya le había entregado una tarjeta en custodia, asustada por lo que podría significar. Era una tarjeta blanca, impresa con el nombre Alfredo Yabrán, y sobre la cual aparecía escrita de puño y letra la siguiente frase: «Muy feliz cumple!!! Si no te sirve de adorno es para que se lo rompas en la cabeza a algún fotógrafo

indiscreto». La mujer que podía aportar esa tarjeta a la causa no era la destinataria del mensaje, sino una ex pareja suya.

Noticias se enteró gracias a la gestión del periodista Eduardo Aliverti, quien fue el que hizo de intermediario entre Neuman y

Héctor D'Amico. Finalmente, el viernes 25 de julio de 1997, en el mismo momento en el que una multitud se reunía frente al Congreso para reclamar justicia a seis meses del crimen, tres compañeros del fotógrafo viajaban a la costa atlántica para conseguir la tarjeta. Lo que obtuvieron fue una copia del original que sirvió para hacer una pericia caligráfica comparativa con la que en 1992 había recibido la entonces directora de la revista, Teresa Pacitti, meses después de publicada la primera nota: «Quiera Dios que las Pascuas sirvan para aflojar nuestros prejuicios y para acercar nuestras maneras de sentir y/o percibir. Felices Pascuas!!! el amigo invicible (sic)».

Los peritajes demostraron que, además de la coincidencia de los tres signos de admiración en ambas tarjetas, era letra manuscrita por la misma persona: Alfredo Yabrán.

Pero ¿a quién le había mandado aquel presente con una tarjeta que ratificaba una vez más su odio hacia los fotógrafos?

Se trataba del sindicalista Oscar Lescano, quien aún hoy sigue presidiendo el Sindicato de Luz y Fuerza. Yabrán y Lescano eran bastante amigos. Por eso el empresario decidió mandarle esa tarjeta junto con una cigarrera cilíndrica de medio metro de altura. Fue después de que un fotógrafo de *Noticias* interceptara a Lescano en la ciudad de Marbella caminando al lado de una joven, cuando se suponía que debía estar participando en el Congreso Anual de la Organización Internacional del Trabajo, en Ginebra.

A veces el azar se encarga de armar tramas imposibles: «Marbella» también era el nombre del balneario de Pinamar en el que Cabezas obtuvo la célebre foto de Yabrán.

Otro testimonio fundamental para determinar la culpabilidad de Yabrán fue el de la policía Silvia Belawsky, la ex esposa de Gustavo Prellezo. Estaba en prisión acusada de ser partícipe secundario del crimen. Había rastreado información y antecedentes de Cabezas en los archivos de la Policía. Desde su celda, aceptó contarle a la revista lo que sabía.

Algunos pasajes de ese diálogo con los periodistas Marisa Grinstein y Christian Balbo resultan conmovedores, aun a la

distancia:

Noticias: ¿Por qué pidió los datos de Cabezas?

Belawsky: Mi ex marido me dijo que le aportara esos datos. Me escribió en un papel el apellido Cabezas y un nombre que no recuerdo. Pero yo no le conseguí nada.

Noticias: ¿Por qué?

Belawsky: Pedí los datos, pero no me los dieron... Nunca sospeché lo que iba a pasar. Para mí, José Luis Cabezas era una persona cualquiera, un desconocido.

Noticias: ¿Cuándo comenzó a sospechar que su marido estaba involucrado en el crimen?

Belawsky: Y... cuando vi que el chico muerto se llamaba Cabezas.

La pesadilla empezó ahí.

Noticias: ¿Prellezo le contó que Yabrán quería eliminar a Cabezas?

Belawsky: Estábamos en casa, mirando la tele. Estamos hablando de febrero de 1997. Estaban dando un noticiero que hablaba del asesinato. Yo pasé en ese momento y le pregunté cuál era la verdad. Ya le venía preguntando por esta historia hacía bastante tiempo, le hacía planteos, cuestionamientos.

Él se me quedaba mirando y no me contestaba. Ese día tuvimos una discusión muy fuerte. Entonces me dijo que como yo ya sabía, él y Ríos trabajaban para Yabrán, que Yabrán estaba detrás de todo, y que esto se había producido por las fotografías y las persecuciones que Cabezas le hacía.

Noticias: ¿Fue una discusión fuerte, se gritaron?

Belawsky: (Sonríe) ¿Gritar? Gustavo nunca gritaba. Es un hombre frío. Pero me amenazó. Me dijo que no se me ocurriera abrir la boca. Yo me arrodillé frente a una mesita ratona, apoyé la cabeza ahí y me puse a llorar. No podía parar. No podía creer lo que escuchaba.

Noticias: ¿Prellezo le dijo que él había participado del crimen?

Belawsky: No, me dijo que Yabrán estaba detrás. Nada más. Y yo no le pregunté nada. No quería escuchar más. Tenía miedo. ¿No es normal que tuviera miedo?

Noticias: ¿Cómo siguió la relación después de ese episodio?

Belawsky: Yo tenía miedo. Él siempre me decía que me callara la boca. Las presiones que recibí son muy fuertes. Me amenazaban por teléfono. Me decían que iba a sufrir mucho si hablaba. Incluso me amenazaron acá, estando presa... pero de eso no voy a hablar.

Noticias: ¿Cuándo su marido nombró por primera vez a Yabrán?

Belawsky: Fue en 1995, en enero. Yo había ido a Pinamar con nuestra hija y él estaba ahí. Pero no nos veíamos nunca, él

venía de trabajar a la mañana. Entonces, Gustavo se justificó diciendo que estaba haciendo unos adicionales para Yabrán, que para mí era un empresario más. Yabrán le mandaba tarjetas navideñas y regalos. Había una que tenía el remitente de Esther Rinaldi (N. del A: la secretaria de Alfredo Yabrán), pero cuando la abrí estaba firmada por Yabrán.

El policía Gustavo Prellezo fue la punta de una madeja detrás de la cual apareció el resto de una banda de marginales, policías y un ex militar, que actuaban bajo la sombra de ese hombre que cuando joven repartía helados con un carro de madera en su Larroque natal y que llegó a ser uno de los empresarios más poderosos y oscuros de la Argentina.

Los vínculos entre Prellezo y Yabrán fueron reconocidos por el mismo policía, cercado por varios testimonios (como el de la propia secretaria, Esther Rinaldi) y por el entrecruzamiento de llamadas telefónicas con Gregorio Ríos, su jefe de custodios, que así lo demostraban, incluso las que tuvieron lugar en la misma madrugada del crimen. También los peritos psiquiátricos que lo entrevistaron debieron reconocer que Prellezo se había quebrado y les confesó que Yabrán era el cerebro del asesinato.

Su vecina de City Bell, Alicia Beatriz Rivera, confirmó que vio en la casa de Prellezo a la banda de Los Horneros y a Gregorio Ríos, el custodio de Yabrán. Como tenía miedo de ir a la Justicia y era lectora de *Noticias*, llamó primero al teléfono 0800 que la revista había habilitado para recibir datos sobre el crimen.

Éste fue su testimonio reservado: «Hola, tengo algo para contarles. Cuando abrí la revista vi los rostros de esa gente y me doy cuenta de que son las personas que yo vi en la casa de Prellezo. Me siento responsable de decir lo que sé. A Ríos lo recuerdo bien además porque cuando lo vi, frente a mí, me dio temor. Yo estaba regando en mi casa y sentí que él estaba invadiendo mi propiedad. Me dio temor, dejé de regar y me retiré. Y Braga me hizo acordar a un alumno mío que tenía sus características, un chico bonachón». Luego se animó a repetir y ampliar su testimonio durante el juicio oral.

La movilización que generó la indignación colectiva por aquella muerte fue la que permitió reconstruir lo que había sucedido y el contexto en el cual las autoridades políticas, policiales y judiciales desarrollaron la investigación. Sabían que estaban siendo observados por todo el periodismo y por la sociedad. Esa vez, la impunidad no era una alternativa posible.

Por fin, la misma banda de «Los Horneros» reconoció que había sido llevada a Pinamar por Prellezo para «apretar» a José Luis Cabezas y que fue él quien le disparó después de que todos intervinieron en su secuestro. También confesaron haberse contactado con los policías de Pinamar que habían liberado la zona y que colaboraron en «marcar» a su víctima.

* * *

El 20 de mayo de 1998, cercado por una causa judicial que avanzaba presionada por una sociedad que exigía que por una vez se hiciera Justicia, Alfredo Yabrán decidió suicidarse. Tenía 53 años y una fortuna estimada en 600 millones de dólares. Murió poco después del mediodía en la estancia San Ignacio, de su propiedad, situada a 30 kilómetros de Gualeguaychú.

Una buena parte de la sociedad jamás creyó que un hombre capaz de manejar tanto poder optara por quitarse la vida. De tanto en tanto aparecen fotos de personas parecidas a él tomadas por fotografías espontáneas en alguna parte del mundo. También se reciben cartas con supuesta información precisa sobre el lugar en el que se esconde y cómo es su nueva vida. Hasta una línea de ropa tomó la leyenda «Yabrán no ha muerto» para su marca.

Pero el cadáver de Yabrán fue reconocido por el enviado del diario *Perfil*, Hernán Brienza, que había logrado colarse en una autopsia que confirmó la identidad del empresario (también estuvo allí el periodista Facundo Pastor).

La viuda y los tres hijos de Alfredo Yabrán pasan sus días entre sus propiedades de la Argentina y Uruguay. Heredaron el mismo secretismo del empresario para hacer negocios y mostrarse. Recién en el verano de 2010 *Noticias* los pudo ver a la luz del día en su residencia de Punta del Este, pese al accionar siempre amenazante de su guardia de seguridad.

La sentencia que el 2 de febrero de 2000 dictó la Cámara de Apelaciones de Dolores, encontró y condenó a los siguientes responsables del crimen:

- Gregorio Ríos, jefe de custodios de Alfredo Yabrán, fue sentenciado a prisión perpetua como instigador del crimen.
- El ex policía Gustavo Prellezo fue condenado a cadena perpetua tras comprobarse que hizo los disparos que mataron a José Luis.
- Los ex policías de Pinamar, Aníbal Luna y Sergio Camaratta, fueron condenados a reclusión perpetua. Ambos colaboraron en liberar la zona para que la banda pudiera secuestrarlo.

- Horacio Braga, José Auge, Sergio González y Héctor Retana, conocidos como «la banda de Los Horneros» por vivir todos en el barrio bonaerense de Los Hornos, fueron condenados a prisión perpetua. Los cuatro intervinieron en el secuestro y posterior asesinato.

En diciembre de 2002 también fue condenado a prisión perpetua el comisario de Pinamar, Alberto Gómez, responsable de liberar la zona de operaciones de los delincuentes.

En el año 2003 el Tribunal de Casación de la provincia redujo las condenas. «Los Horneros» fueron sentenciados entonces a penas de entre 18 y 20 años. Gracias a la ley, luego derogada, que contemplaba que por cada año de prisión sin condena efectiva se contabilizaran dos años, los asesinos fueron recibiendo uno por uno ese beneficio, salvo Retana, que murió en prisión.

También se atenuaron las penas de Ríos, Camaratta y Luna. Este último pagó cerca de 15.000 dólares para quedar libre. Después le siguieron los demás. La Corte Suprema revocaría en diciembre de 2009 la sentencia de Casación, pero el paso de los años y la ineficiencia judicial harían que los culpables permanecieran presos menos tiempo del que el dictamen original exigía.

Hasta el autor material de los disparos, Prollezo, recuperó su libertad el 1º de octubre de 2010 mucho antes de cumplir su condena. Las razones: sufría de dolores musculares y la humedad de la cárcel no lo beneficiaba. Eso sí, al aplicársele el arresto domiciliario se le encomendó a su nueva esposa que vigilara su cumplimiento. Así, su cadena perpetua quedó convertida en 13 años de prisión. La última vez que vi a Gladys Cabezas, la hermana de José Luis, fue en el velatorio de su padre, José. Fue el sábado 18 de diciembre de 2010. Yo estaba acompañado por quien había sido el jefe de su hermano, Carlos Lunghi. Gladys parecía tan dolorida por la muerte de su padre como por saber que los asesinos de su hermano recuperaban su libertad antes de cumplir la condena: «Es que mi viejo no se murió hoy. Se murió el día que mataron a José Luis. Y los que mataron a los dos y destruyeron a mi familia ahora están sueltos».

Durante la dictadura militar desaparecieron miles y miles de personas y un centenar de periodistas. Cuando se recuperó la democracia, en diciembre de 1983, se creyó que el uso de la violencia para acallar voces había llegado a su fin. El 25 de enero de 1997 descubrimos que el pasado siempre puede regresar. Pero esa vez, a diferencia de lo que había sucedido durante los años del Proceso

Militar, la sociedad y los medios de comunicación reaccionaron rápidamente y sin fisuras.

Entre tanto dolor, un consuelo para la familia de José Luis Cabezas y para sus amigos y compañeros de trabajo. Y una vacuna necesaria con la que la sociedad se protegió de nuevos hechos de violencia.

Algo de eso escribió por aquellos días un testigo privilegiado de los años en que los medios y la sociedad miraban hacia otro lado. Fue Robert Cox, el legendario director del *Buenos Aires Herald* durante la dictadura, y lo hizo en la edición del 31 de enero de aquel año: «Tuve una extraña sensación cuando un amigo me telefoneó a Estados Unidos con la noticia del macabro asesinato de José Luis Cabezas. Me recordó inmediatamente que el descenso a los infiernos de la Argentina de comienzos de los 70 comenzó con la aparición de cuerpos calcinados. El horrendo crimen de Cabezas parece haber sido armado con la intención de aterrorizar a la prensa. Pero no debería funcionar en 1997. La respuesta de la sociedad argentina tiene que ser exactamente la opuesta de la que fue a partir de 1974. No debe volverse a utilizar esa expresión obscena de “por algo será”. Las campanas que doblan por José Luis Cabezas también doblan por todos nosotros».

Jacobo Timerman, el creador de *Primera Plana* y del diario *La Opinión*, lo dejó escrito así: «Es emocionante ver la solidaridad que hay con la revista *Noticias* en este momento. Hoy somos todos periodistas de *Noticias*, todo argentino honesto es un miembro más de esa redacción. Durante el primer año del Proceso, el único de esa época terrible en que estuve libre, desaparecieron más de cien periodistas. Ya antes de la dictadura, la Triple A había asesinado a varios periodistas de *La Opinión*, y a uno de ellos, Money, lo quemaron después de matarlo. Pero nadie llamaba al diario, sólo los familiares pedían que hiciéramos algo».

En la misma primera edición después del asesinato, James Neilson, el histórico columnista de la revista y sucesor de Cox en la dirección del *Buenos Aires Herald* en plena dictadura, demostró el poder premonitorio que puede tener el análisis político para apuntar hacia quien luego la investigación encontraría responsable de ser el autor intelectual del crimen: «Hace un año, Cabezas logró la hazaña de fotografiar al magnate postal Alfredo Yabrán, hombre cuyo afán de defender su intimidad contra el asedio periodístico es tan notorio como lo es su voluntad de hacer crecer el imperio empresario que, según parece, tendrá su epicentro en Pinamar. En su condición de fotógrafo de *Noticias*, Cabezas hizo muchísimo

por dar a conocer a la nueva clase que se ha ido consolidando con el menemismo. Su labor le supuso una infinidad de "amigos", pero también, sin duda, le ganó algunos enemigos peligrosísimos».

Al conmemorarse en enero de 2010 un nuevo aniversario de su muerte, la página editorial de *Noticias* se tituló «¿Cuándo murió Cabezas?», partiendo del supuesto de que no fue el 25 de enero de 1997. La sensación que siempre tuvimos y seguimos teniendo es que a José Luis (como podría haber sido a cualquiera de los miembros de aquella redacción) lo empezaron a transformar en víctima el día en que el poder político y la mayoría de los medios de comunicación decidieron mirar hacia otro lado ante el sistema mafioso que crecía, comandado por Alfredo Yabrán.

En ese texto, se recordó un pasaje de una columna firmada por Jorge Fontevicchia en febrero de 1997, al cumplirse un mes del crimen: «La máquina de investigación de *Noticias* la componen alrededor de 50 periodistas. Un diario de los grandes cuenta con más de 200. Es legítimo preguntarse: ¿por qué una redacción de 50 personas descubre, recurrentemente y a lo largo de tantos años, informaciones graves que siempre se le escapan a una redacción que la cuadruplica en tamaño? (...) No se olviden de Cabezas. Pero no se olviden de por qué lo asesinaron. No se olviden de reclamarles a los diarios coraje para comprometerse con los temas difíciles en el momento que ocurren y no después. No se olviden de que los gobernantes deben ser eficientes sin hacer trampas. No se olviden de que la corrupción genera mafias. Entonces sí, Cabezas no será olvidado».